

para ver las afueras de la villa por los sitios más secos, áridos, polvorosos y yermos, en vez de mirar por donde vió Goya, o pasearse por la Casa de Campo, la Moncloa y la Dehesa.

Encabeza el libro una poesía, *El poema del hijo*, que me parece digna de figurar en lo futuro en esos volúmenes formados con las cien mejores poesías castellanas. Es una preciosidad. Por la forma, por algo sutil como el perfume, se hermana con parlamentos del *Peribáñez*, con las *Barquillas*, con el *San Isidro*

y con romances de Lope de Vega, y con romances y letrillas de Góngora; pero tiene lo que no abunda en nuestra vieja poesía: ternura.

¿Asunto? Nada. El paseo de un padre con su hijo-niño por el campo.

¡Qué poesía! ¡Qué emoción! El padre siente como una madre, pero no es femenino. Tan bella es la poesía ésta, que, aunque Enrique de Mesa no hubiese escrito otras ni escribiera más, tendría un lugar distinguido en el Parnaso español. Así lo creo y así lo escribo.

Roberto Castrovido

Poesías de Enrique de Mesa

—De la obra *La posada y el camino*. Versos. Madrid—

El poema del hijo

A Diego de Mesa

Cae la tarde dorada
tras de los verdes pinos.
Hay en las altas cumbres
un resplandor rojizo,
y el perfil de los montes
se recorta en un nimbo
de luz verdosa, azul, aurirrosada.
En el añil el humo está dormido.

Quieta la tarde y dulce.
—Ven al campo, hijo mío:
comeremos majuelas,
iremos al endrino,
te alcanzaré las bayas de los robles,
y, en aquel regatillo
de los helechos, cogerás las piedras
y cortarás los lirios.

Entre mi mano, suave,
su manecita oprimo,
y avanzamos parejos
por el albo camino.

Los cuencos y colodras
del viejo cabrerizo,
llenando va la ordeña
con blanco chorro, mantecoso y tibio.
Y la leche, aromada
de menta y de tomillo,
sus fragancias esparce
por el verdor ya seco del aprisco.

—¿Tienes hambre? Si vemos
al pastor de los chivos,
al que en las «Maribuenas»
la otra tarde te dijo:
«Vaya un zagal con los ojuelos guapos»,
llámale y le pedimos
una cuerna de leche
y el cantero de pan que te ha ofrecido.

Es tarde. Los trucheros
se recogen del río;
cubren con sucias ropas
los cuerpos renegridos,
y, entre la maya de la red, platea
la pesca que rebosa del cestillo.

De su pinar se tornan los hacheros;
aire lento y cansino;
en los hombros, las hachas,
y en sus gastados filos,
un reflejo fugaz, que a ratos hiere
los semblantes cetrinos.

Se acercan. —Buenas tardes.
—Vaya con Dios, amigo...
—¿Pero no los conoces?
El de la ajada es Lino,

el que la otra mañana
trajo al Paular el nido,
el que baja en el carro de sus bueyes
los troncos de los pinos...

—¿Te fatiga la cuesta?
Descansaremos, hijo.
Aquí, no; más arriba,
que ya se siente la humedad del río.

La espesura del roble
va cerrando el camino;
se oye el graznar de un cuervo
y un lejano silbido.

—¿Por qué te paras?... ¿Tiemblas?...
¿Acaso sientes frío?...
¡Ah, ya... Caperucita...!
No temas; vas conmigo.
El lobo vive lejos
y es generoso y noble con los niños.

Finge un céfiro blando
misterioso suspiro;
el pipiar de las aves
ha cesado en los nidos.

—¿Qué te lleve en mis brazos?
¡Siempre acabas lo mismo!
Agárrate a mi cuello;
no sueltes y te caigas, hijo mío.

No siento la materia;
es aire y luz mi pensamiento limpio.
De la carne desnudo,
llevo al viento el espíritu.

—¿Vas bien?... No me responde.
Como el humo en el aire, se ha dormido.
¡Ay, deleitosa carga,
de mi cansancio alivio!

Dulzamara

V

Tras la yunta, que gobierna
mi mano de labrador,
solitario allá en mi serna
sembré los surcos de amor.

Con llanto le dí tempero,
claro sol lo hizo brotar;
hoy, ya vencido el enero,
debo su mayo segar.

De la simienza lograba
áurea espiga, grácil, sola.
Junto a su pie rojeaba
la sangre de una amapola.
¡Yo que, soñando, veía,
como premio a tanto afán,

que mi troje aromaría
la fragancia de su pan!

De aquella espiga divina,
dorada en su graznazón,
va moliendo amarga harina
la muela del corazón.

VI

El campo, sediento;
la nube, de paso;
un cielo azul, desesperante y limpio,
y un rojo sol en el ocaso.

Llegará la noche,
lucirá la estrella...
Y el campo seco velará, soñando:
¿Dónde la nube aquélla?

VIII

Saben pastores y arrieros
el camino que seguí:
iba cara a los luceros
vertiendo llanto por ti.

¡Sendero en la barrancada,
caminito del amor
aquella tarde, aromada
con nuestras ansias en flor!

Lejos, la azulada sierra.
¿No te acuerdas, alma mía?
Color de sangre la tierra
bajo la turquesa fría.

Hoy, caminante en la sombra,
ni vacilo ni me pierdo:
todo lo aclara y lo nombra
la magia de tu recuerdo.

Pero marchó, trajinero
sin moneda en el garniel,
pobre y triste colmenero
despojando de su miel.

Serranilla

Ya se partió el zagal mío:
sentí balar a mi puerta
su rebaño travesío.

Mañanita de San Juan:
hay un revuelo de alondras
sobre las siembras del pan.

Rocío de la alborada
reluce en los pastizales
sobre la hierba mojada.

Cuando rayaba el albor,
cruzaron la barbechera
los mozos, a su labor.

Caminaba mañanero,
por la senda de los pinos,
hacia la corta, el hachero.

No te enceles, mi zagal:
patrañas son de las viejas
lo de la Pascua marzal.

No ha de decirte el vaquero
que emparejo en el ejido
con el mozo sobrancero;

que anoche marchó, a la balda,
por esos campos, radio,
con su fardel a la espalda.

Si nos queremos los dos,
el mozallón de los bailes
vaya bendito de Dios.